José Colliure Santamaría contemplaba, a través de la ventanilla del tren, la colina llamada de los santos Abdón y Senent, o también de los benditos santos de la piedra, melancólica y achaparrada, solitaria como un abandonado caparazón de tortuga en medio de los inundados arrozales aún no sembrados, tal y como debía ofrecerse antes del terremoto de principios del siglo XVII, es decir, como una isla envuelta en un desleído pétalo de aurora. Es el heraldo de Sajará para los viajeros que llegan desde Valencia. Tras el mencionado cataclismo, se retiró el mar, quedando la acrópolis cercada por una inmensa ciénaga que el hombre vacía o llena a voluntad, siguiendo el ritmo de las cosechas de arroz, con el agua dulce del río que conducen las acequias y cuya superficie acuosa se funde, en invierno, con la vasta albufera y ésta con el terso mediterráneo, faceta de aguamarina que difumina la linde de un cielo casi siempre impoluto.

Hay tiempo en Sajará porque el agua va y viene desde la Albufera hasta los terrosos farallones de las murallas, trayendo consigo el relente húmedo o reemplazándolo por el pastoso calor del estío, cuando el arroz encaña con los pies hundidos en ella.

Tres ciclos habían pasado desde que faltó el regidor y él se embarcó para África, más allá del mar, a un tiro de piedra como quien dice, pero al propio tiempo tan lejos. En otro mundo, qué duda cabe. En éste, sin embargo, le aguardaba una ardua tarea, pues se había prometido a sí mismo continuar la labor del padre. Desde que lo había hecho, una infinidad de proyectos e ideas rebullían en el interior de su atezada caja craneana. Experimentaba, después de todo, ese frescor que siente el día cuando se despierta en su almohadón rosado. La vida de hombre empieza el día en que regresa a sus penates, licenciado del ejército. Y más aún en su caso, cuando lo hace para asumir el papel y la responsabilidad del cabeza de familia. En efecto, antes de constituir la suya, debía poner orden en los asuntos de la que el regidor abandonó prematuramente. Era su obligación y su deuda.

Se le apretó el corazón a la vista de la tétrica residencia de estilo neomudéjar modernista, concluida sólo un par de años antes de su partida. Luego, a su derecha, contempló la serenidad del parque durmiendo su sueño de invierno. Nadie le esperaba en el andén pues no había dado una fecha precisa para su llegada. Únicamente sabían, y en esa situación se hallaba también él en el momento de escribir la carta, que ésta se produciría antes de Navidad. Y, en efecto, era el 22 de diciembre del año mil novecientos veinticuatro.

Sajará estaba igual que siempre, como una ciudad sumergida en el caldo de su sopor.

Tomó el camino más corto para dirigirse a la placeta de los Molinos, evitando el centro urbano, que dejaba para otra ocasión en que se presentaría mejor acicalado y sin ese maletín que le daba, según él, cierto aire de holandés errante. Llegó ante la puerta de la casona e hizo sonar la aldaba. Durante unos instantes resonó como un martillo efectuando trabajos en un mausoleo. Sin poderlo evitar pensó en las paredes terrosas y las flores amarillas y la paz del cementerio, donde se encontraba ahora el dueño de esa morada. Pero la visión se evaporó enseguida al sentir unos pasos de mujer avanzando rápidamente del otro lado, hacia el postigo. Crujió la cerradura y apareció en el umbral una joven que José Colliure tuvo dificultad en identificar como su hermana menor, María de las Mercedes. También ella vaciló un segundo ante aquel hombre atezado y enjuto, pero enseguida ahogó un grito y se abalanzó sobre su cuello.

Sus otras dos hermanas llegaron enseguida y tras ellas la madre, quien lo abrazó y lo besó. Sin embargo, Colliure notó cierta reserva en su mirada que le garrapiñó la sangre. En todo caso, se la veía contenta y aliviada por su regreso. Cuando, después de dar las órdenes oportunas para preparar una comida especial, se quedó sola con él, clavó sus ojos en los suyos y le espetó:

-Sé indulgente con Joaquín. Es todavía muy joven.

No hacía falta decir más. Únicamente quedaba conocer los detalles y la amplitud de la catástrofe.

Poco antes de mediodía, llegó Joaquín. Estaba hecho un hombre, robusto, cuadrado, respirando salud por todos sus poros, con una mirada profunda de acero magnético. José Colliure, orgulloso de su hermano, lo abrazó y lo besó. El joven Colliure le hizo las mil y una preguntas que suelen hacerse al héroe que regresa de la guerra. No obstante, tras el entusiasmo, había un punto de reserva, como una vaga preocupación vecina a la culpa. José Colliure reconoció enseguida ese sentimiento porque lo compartía. Es más, se sintió más responsable de la debacle que el propio Joaquín; el cual, al fin y al cabo, había tenido que afrontar una situación anormal para alguien a quien apenas le habían dejado tiempo para salir de la niñez, como consecuencia de unos actos que le eran ajenos, pues se desprendían de la pugna entablada entre su padre y su hermano mayor.

Durante la comida, José Colliure tuvo la sensación de que el único que parecía echar de menos al regidor era precisamente él. Los demás habían tenido tiempo de habituarse a su ausencia en el entorno que les era familiar a todos. El hijo mayor, en cambio, lo había abandonado tan sólo unos días después de la desaparición del padre, de modo que regresar al hogar fue algo así como regresar a aquel fatídico lunes 28 de noviembre de 1921, cuando todo el edificio levantado por aquel titán se derrumbó sobre él, torciéndose de golpe y porrazo el destino de una familia cuyo empuje y vitalidad parecían imparables e inagotables. Desde África, sus recuerdos de Sajará conservaban intacta la imagen del regidor y de la prosperidad que éste supo imprimir a aquella casa. Ahora dicha casa se parecía a un coche de lujo que no hubiera cambiado en absoluto por fuera, pero por dentro le faltaba el motor. También faltaba Daniel, pero respecto a él José Colliure tenía sus planes. No estaba dispuesto a dejarlo en aquel calabozo con los leones. Lo quisiera él o no lo quisiera, saldría. Daniel era recuperable, o al menos eso se empecinaba en pensar su hermano. Todo tiene remedio, menos la muerte, dicen.

Cada comensal había tomado asiento en el lugar que le era propio. La madre en un sitial de cabecera, pero en el otro, donde había estado siempre la autoridad suprema, simplemente faltaba la silla y se producía allí un inmenso vacío que atraía la mirada de Colliure como si fuera un abismo del que surgiera un magnetismo cósmico. Tuvo que efectuar un esfuerzo colosal para no mirar en esa dirección, porque, además, todos miraban en la suya.

Teresa, la madre, no paraba de vituperar al ejército culpándolo de la delgadez de su hijo. No sabía aún que le había cambiado el metabolismo para siempre.

-Y tú, claro, cuando no te gustan las cosas, pues no comes y santas pascuas. Así pareces, como galgo tendido al sol.

-El rancho no era el de un hotel cinco estrellas, pero lo tomé como medicina. No obstante, a veces, durante las maniobras, comí una excelente verdura.

Nadie prestó atención a este último comentario, que consideraron un argumento poco consistente para defender la institución.

-Y había excelentes restaurantes en Melilla.

-Es la dieta habitual lo que determina la salud del individuo –repuso, perentoria, Teresa. - Ahora se trata de reparar los desperfectos causados por el ejército de África.

Tras esas palabras, Colliure se sintió obligado a engullir un poco más de lo previsto. Aun así, no logró terminar la copiosa ración que había sido asignada a su plato. Terminada la colación, Asunción anunció que acababa de servir el café en el salón, acompañado de pastas y turrones.

Colliure bebió en silencio, a pequeños sorbos, una taza. Luego se decidió por un pastelillo de boniato. Los demás lo observaban por ver si sus facciones traicionaban el menor síntoma de fruición por haberse reintegrado a la civilización occidental, recuperando con ello los placeres y comodidades aferentes. Pero su rostro permaneció impasible. Finalmente sacó del bolsillo interior de la chaqueta una cajetilla de puros que había comprado a su paso por Valencia, ofreció uno a Joaquín y se reservó otro para sí. Agarró un candelabro y encendió ambos. Exhaló una densa fumarada algodonosa que fue subiendo lentamente al cielo raso.

La madre, que lo conocía, se irguió enseguida sobre su silla, poniendo su espalda tan recta como una tabla de plancha paralela al respaldo. A Colliure no le había pasado desapercibido el gesto. Dio una segunda calada tan profunda como la anterior y expulsó el humo con idéntica parsimonia. Sabía que Teresa estaba en guardia y pronta a la réplica. Tanto mejor, se dijo, pues no le gustaba perder tiempo cuando estaban en juego asuntos de cierta envergadura.

-¿Dónde está Daniel?

-Terminando su noviciado.

Los ojos, negros y diminutos de Colliure, brillaron. Teresa sabía que era el brillo repentino de la esperanza. El hijo no se precipitó, sino que torció su mano izquierda con la que sostenía el puro y se puso a contemplar el ascua, así como el fragmento gris de la ceniza que empezaba a formarse.

-¿Dónde?

Teresa hubiera dado cualquier cosa por no tener que responder a esa pregunta.

-En el monasterio del Puig.

-Bien.

-¿Qué vas a hacer?

-Ir a verlo, por supuesto.

-¿Y después?

Colliure volvió a prestarle atención al puro y siguió fumando. Daba la impresión de reflexionar, pero no lo hacía.

-De después ya hablaremos –se dignó al fin responder.

-Daniel está allí por su propia voluntad. Tiene vocación. ¡Déjalo en paz!

Teresa se había puesto aún más tiesa, si cabe; en cualquier caso, parecía más levantada, como una cobra que se apresta a atacar. Sus ojos amenazaban con los mismos dardos negros que los de su hijo. Éste, conciliador, argumentó:

-Supongo que no tendrás inconveniente en que Daniel explique a su hermano mayor, con sus propias palabras, a qué diablos se parece la inabarcable envergadura de su vocación mística.

-Estás en tu derecho –admitió la madre, haciendo igualmente un esfuerzo por serenarse.

José Colliure saboreó plenamente la siguiente calada, que reunía el deje del más selecto tabaco cubano con una de las mejores muestras del refinamiento que podía alcanzar Teresa en materia de repostería.

-Ahora, Joaquín, vamos a ir tú y yo al despacho de padre y me describirás el estado exacto de nuestra situación financiera.

El aludido, a pesar del tostado cutis característico de los Colliure, palideció intensamente. Cruzó una rápida mirada con su madre, pero ésta le ordenó con los ojos que acudiera a dar el descargo que se le pedía. Ambos hombres se levantaron y abandonaron en silencio el salón.

José Colliure cerró tras de sí la grave y pesada puerta del antiguo refugio del regidor. Le indicó a Joaquín uno de los sillones y puso un cenicero sobre una mesilla baja, al alcance de los dos. Por último, se sentó y fumó un rato sin decir palabra. Mientras lo hacía, recordó que estaba actuando exactamente igual que su padre. Echó una mirada oblicua a Joaquín y supo que la camisa no le llegaba al cuerpo, pero disimulaba, como era de esperar en un Colliure de raza. Sonrió.

-¿Y bien?

Joaquín inclinó la cabeza hasta dejarla apoyada en las yemas de todos los dedos de la mano izquierda y desplegó una expresión tétrica, tan desalentada y madura, en contraste tan riguroso con su temprana edad, que Colliure no pudo sino apiadarse una vez más de su hermano menor. Todos eran más culpables que Joaquín, incluida su madre, sus tías, por supuesto, y la puñetera vocación religiosa de Daniel. Sin olvidar su aportación personal, su innombrable testarudez y también la del regidor. Pero ahora era él y sólo él quien tenía que dar cuentas de los platos que entre todos habían roto, a pesar de que justamente Joaquín era el único que había asistido a los acontecimientos, causantes del presente estado de cosas, como puro espectador.

-La situación no es nada halagüeña –dijo.

-Eso ya me lo imaginaba. Ahora enumera con precisión las pérdidas.

-Mejor sería hacer un inventario de lo que queda. Esta casa…una quinta parte aproximadamente de las tierras.... –concluyó Joaquín con un hilo de voz.

-¿Y el negocio de los toros?

-Cerrado.

-¿Pero cómo, si iba viento en popa, si es justamente por ahí por donde había imaginado la posible recuperación, acompañando el producto a través de sus diversas etapas de distribución?

-Una mala inversión. Minas de plata en Hiendelaencina. Me las prometieron muy felices. Pero fue un fracaso que culminó en muy pocas etapas. Primero hubo que vender las casas de la calle Valencia, para hacer frente a la primera urgencia.

-¿Las tres?

-Las tres. Luego creí poder recuperar el dinero invirtiendo en acciones, pero me equivoqué en la elección de los valores. Perdí en ello el dinero de la venta de algunas tierras. A partir de ahí me puse más nervioso, quería tapar la brecha antes de tu regreso y fue la debacle completa. La fortuna familiar se me escapaba como agua entre las manos.

José Colliure vio que su hermano había echado la soga tras el caldero y se le subió entonces el humo a las narices. No pudo contenerse más, saltó disparado del sillón, derribando la ceniza del puro sobre sus pantalones.

-¡Por los clavos de Cristo, si todavía tenías en la boca los dientes de leche! ¿Quién te mete a ti en libros de caballería? ¿Cómo diablos se te pudo ocurrir que podías inmiscuirte en especulaciones de tal envergadura? Se te pidió tan sólo que administraras, con mayor o menor fortuna, los asuntos corrientes de la casa, no que te lanzaras, de buenas a primeras, a quitarles el pan a los Rothschild y a los Rockefeller. Sabía que un niñato como tú, que no sirve ni para taco de escopeta, lo haría todo al revés. Pero ni siquiera se me ocurrió sospechar que tu insensatez pudiera alcanzar semejante delirio. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? No solamente has echado por tierra la entera labor del regidor, sino que has hundido a toda tu familia, a tus hermanas y a tu madre, en una ruina irreversible. No nos has dejado ni cera en los oídos. ¿Acaso has llegado a preguntarte si existe el modo de hacerlo peor de lo que lo has hecho?

Esto último se lo espetó ya agarrándolo de las solapas. De golpe lo soltó:

-Si es que haciéndolo aposta resulta imposible lograr tanto mal en tan poco tiempo. Eres un genio, hermano. Pero en el ámbito de la estupidez y la petulancia.

Más que apagar, despachurró el puro en el cenicero y salió dando un portazo que se oyó en toda la casa. La deflagración no sorprendió en absoluto a Teresa, antes al contrario, se diría que la había estado aguardando como señal para poner a hervir el agua y preparar una tila. Luego fue a buscar una copa de las que se usaban para tomar el anís de las ocasiones y vertió en ella dos dedos de agua del Carmen. Lo puso todo en una bandeja y subió al despacho. Joaquín conservaba aún el mismo rostro céreo de entierro castellano que había desplegado ante la esperada y temida pregunta de su hermano.

-Anda, tómate esto. Lo peor ha pasado.